

la reina, según ésta le había ordenado, pero la vió entreabierta, y á la reina sentada y mirando por la ventana, medio cerrada, las costas que acababa de abandonar.

El viento arreció muy pronto, y se perdió la tierra de vista.

María alimentó aún una loca esperanza, hija de su vivaz y apasionada imaginación: deseaba que se divisase la flota inglesa que había salido para apresarla y que sus galeras tuviesen que volver atrás; pero, Dios no lo quiso así: una niebla tan espesa que no dejaba divisar nada descendió como por milagro sobre el mar, y navegaron á la ventura, expuestos á perder el rumbo, pero también en la seguridad de no ser vistos por sus enemigos.

Al disiparse la niebla, pasados tres días, se hallaron en medio de unas rocas, donde había gran peligro de estrellarse: el piloto entonces tomó altura, reconoció que estaban en las costas de Escocia, y sacando la galera de entre los arrecifes, arribó á Leith cerca de Edimburgo.

Nadie esperaba allí la llegada de María; así es, que para llegar á Edimburgo la fué preciso, lo mismo que á su comitiva, contentarse con miserables cabalgaduras, que carecían de bridas y hasta de estribos.

María derramó algunas lágrimas al comparar lo que veía con los magníficos palafreos de Francia;

pero muy pronto, con su gracia encantadora, trató de sonreírse á través de su llanto y dijo:

—Es preciso soportar la desgracia con paciencia, pues he cambiado mi paraíso por un infierno; al ménos, veo al lado mio muchas personas que me aman.

## XXI.

Hemos llegado á la segunda época de la vida de María Estuardo.

Su carácter ligero, imprudente y enemigo de todo miramiento, que se había indicado ya en Francia, se dió á conocer de un modo fatal desde su llegada al pequeño y sombrío reino que era la herencia de su padre.

Dotada de un corazón tierno y sensible, de elevación de alma, de generosidad y de un dulce carácter, María Estuardo no fué ni una mujer superior ni tampoco una mujer virtuosa; su imaginación, demasiado viva, y una irresistible necesidad de querer, la tenían con una sed insaciable de amar y de ser amada.

Carecía absolutamente de la madurez y la reflexión, tan necesarias en una soberana, y teniendo un talento sobresaliente, cometía desacierto tras de



desacuerdo, porque no rendía culto ninguno á la razon y al bien parecer.

Escocia entera voló á recibir á la jóven que había visto salir niña; la misma guardia que la había custodiado desde su salida, desembarcó con ella: los vivas, las aclamaciones, llenaban los aires: no obstante, María, en medio de aquel afectuoso recibimiento, derramaba lágrimas de tristeza y de dolor.

—¿Por qué llora? preguntó un hombre del pueblo á uno de los escoceses de la guardia de la reina.

—¡Llora... por Francia...! respondió aquél con una mirada sombría.

—¿Tanto ha sentido dejarla?

—¡No ha cesado de llorar desde que la abandonó!

—¿La amaban más que aquí?

—¡La enviaban y la aborrecían!

—Ya la consolaremos aquí, dijo con convicción el buen hombre.

—¡Lo dudo! contestó el guardia.

María llegó al palacio que había visto correr los primeros años de su vida, sin tratar de disimular, ni por un instante, la mortal tristeza que embargaba su ánimo; apenas contestaba á las demostraciones de júbilo y de amor de sus vasallos: todo la disgustaba allí, y no abrió los labios más que para hablar con los señores franceses que la acompañaban,

ban, y que se reían grandemente de la rústica sencillez de aquel pueblo casi salvaje.

La reina se encerró en palacio, y aunque pedían á gritos que se asomase al balcón, no quiso acceder á ello.

Aquella entrada dejó una impresion de disgusto y de tristeza entre los escoceses: no esperaban ellos ver así á la reina María, hija de aquella María de Lorena que, aunque tan enamorada como su hija de la Francia, jamás dejó de mostrar por Escocia el más vivo interés y el más tierno y verdadero amor.

La hermosura de María Estuardo había dejado pasmados de admiracion á sus vasallos: con un poco de tacto se hubieran vuelto héroes para ella. Pero María, irreflexiva, inexperta, y sin tener á su lado á una persona que la aconsejase, se dejó llevar del disgusto que le causaba la comparacion entre la bella y culta Francia y la salvaje Escocia.

Las mercedes de que colmó á los caballeros franceses que la habían acompañado fueron tambien muy pronto censuradas, y con razon: retuvo á su lado á todos los que quisieron quedarse, y les concedió los cargos más importantes del reino.

Tres años pasaron, durante los cuales se hablaba de las galanterías de María con los extranjeros que la habían acompañado: quién decía haberla visto por la noche sola con un caballero frances: quién que recibía por la puerta del jardín despues



de cerrado el palacio: mas á pesar de todo esto, eran públicos y aceptados con gusto sus amores, por los escoceses, con Enrique Darnley, hijo del conde de Lenox, primo de la reina por su padre, y el más hermoso y elegante caballero de Escocia.

María, que aun no contaba veintiun años, se enamoró ciegamente de él durante los tres que hacía que había llegado á Escocia; y contristada de su aislamiento, disgustada de la inconsecuencia de los franceses, que le habían arrancado grandes muestras de preferencia, y anhelando un apoyo legítimo, le hizo su esposo en 1664.

Escocia solemnizó con fiestas aquel enlace; mas semejante eleccion colmó todos los votos de Isabel, y la llenó de gozo.

Si la reina de Escocia hubiera elegido entre los muchos soberanos que aspiraban á su mano, hubiera tenido un poderoso apoyo contra la Inglaterra; pero Enrique Darnley era un particular, bastante pobre, y además, de carácter débil é inconstante.

El amor de la reina por su primo estaba fundado solamente en los atractivos exteriores del príncipe; poco tardó en advertir, con su claro talento, que Enrique no tenía ninguno, que carecía de experiencia, que tenía un orgullo desmedido y un carácter ligero; su casamiento la atrajo un gran conflicto; entre los muchos personajes que aspiraban á la mano de María Estuardo se hallaba el

conde de Murray, hombre ambicioso, de una alma perversa, y enteramente sometido á la voluntad de Isabel de Inglaterra: Murray pretendía la mano de María y el título de rey; pero el casamiento de aquélla con Darnley desbarató todos sus planes, y declaró la guerra á la reina y á su esposo; derrotado se vió en la precision de huir á Inglaterra y al lado de su protectora; pero María tuvo muchos disgustos y comprendió desde luégo, en aquella primera prueba, lo poco que debía esperar del esposo que había elegido.

Viendo, por otra parte, que éste no se granjeaba el amor de sus vasallos, dilató su coronacion, que ya estaba dispuesta, y le dejó sólo una muy pequeña parte en el gobierno.

Murray volvió á Edimburgo cuando ménos se esperaba, y gracias á la increíble debilidad de carácter de Darnley, logró hacerse amigo inseparable de éste, despues de haberle querido arrojar del palacio de Edimburgo y del lado de su esposa.

María vió con tanto dolor como desprecio que su marido se dejaba dominar por el mismo hombre que debía aborrecer como rival y como usurpador; supo tambien que Murray arrastraba al débil Enrique á los más vergonzosos excesos, y tuvo la cruel pena de ver que Darnley siguió á Lóndres á su nuevo amigo, donde se entregó á la vida más licenciosa y más abyecta.

Murray obraba así por orden expresa de la



sagaz Isabel, y con el sólo designio de separar á los dos esposos y de sembrar entre ellos la discordia; en efecto, todo lazo se rompió entre María y su marido, y ésta, herida cruelmente en su corazón y en su amor propio, escribió á aquél una terrible carta, en la que le decía no pensase jamás ni en que le había amado, ni en que tenía sobre ella ningún derecho.

—«Vos los habeis hollado todos, concluía; en adelante me considero tan viuda como si no hubiera cometido la indignidad de daros mi mano á vos, esclavo vil de las más ruines y vergonzosas pasiones; á vos, que habeis olvidado tan pronto lo que me debéis como á reina y como á esposa.»

Enrique Darnley no hizo caso de esta carta; pero, pasados algunos meses, se vió abandonado por Murray y á la vez arruinado por su licenciosa vida; participó al conde el deplorable estado de sus fondos; pero éste, que lo que había deseado sólo era separarle de su mujer, y que sabía que la reina había ya hecho donativo á otro de su demasiado fácil corazón, le volvió la espalda, advirtiéndole que le dejara en paz y que nada tenía ya que ver con él.

Darnley volvió á Escocia y al palacio, pero María no quiso verle y le hizo decir que, lo más que podía esperar de su generosidad, es que le dejase algunas habitaciones en palacio, lo más retiradas que fuera posible de las suyas.

Enrique, humillado, herido, sediento de venganza, aceptó porque no podía hacer otra cosa, y esperó meditabundo y sombrío.]

## XXII.

Nada era desgraciadamente tan cierto como el que la reina había dado una nueva prueba de la debilidad de su carácter y de su poco respeto á las leyes del decoro; no pudiendo vivir sin amor, había dado su corazón, y había hecho tan gran donativo á un pobre músico italiano, llamado David Riccio; si cometió tan gran falta de dignidad por vengarse de su marido, ó porque verdaderamente amaba á aquel ínfimo personaje, es cosa que no se puede averiguar; mas es lo cierto que se perdió en el concepto público, y que más que á nadie se ofendió á sí misma, y se hizo un daño horrible.

Lord Darnley, había llegado á Edimburgo al anochecer; no habiendo conseguido ver á su mujer, se encerró en las habitaciones que le destinaron; era una sala del palacio distante de la que la reina ocupaba, pero que daba enfrente de aquélla; sombrío y preocupado se paseaba á lo largo del solitario y desmantelado aposento pensando en la venganza, y diciéndose que, atendido el carácter de su



mujer, ésta debía sostener alguna intriga, y que su rigor era sólo el deseo de alejarle de ella.

—¿Dónde se halla S. M.? preguntó al criado, que daba vueltas arreglando el aposento, inhabitado y frío desde hacía largo tiempo.

—Está en sus habitaciones, señor; respondió el criado.

—¿Sola?

—No, señor; la acompaña, como siempre, su primer ministro.

—¿Lord Douglas? Antes la veía muy poco.

—No es ya primer ministro Lord Douglas.

—¿Quién lo es ahora?

—Hace ya tres meses que lo es el señor David Riccio, señor.

—¡Cómo! ¿El músico de la reina? ¡Tú estás loco, de fijo!

—Digo la verdad á vuestra gracia; el músico Riccio es ahora el primer ministro.

Enrique quedó como herido por un rayo; no podía quedarle ninguna duda.

Riccio era el amante de su mujer.

Él ya no la amaba; pero el amor propio, ofendido, hacía en él las veces del afecto que ya no existía; pensaba, además, atendida la pasión que su mujer le había profesado, que le sería eternamente fiel, á pesar de todos los extravíos que él pudiera cometer, y que se resignaría á pasar la vida llorando su desamor y sus traiciones.

Mas, para María era de todo punto imposible el tener el corazón vacío, y habiendo dejado de querer á su marido, quiso á otro sin pensar en su condición, sólo porque le agradaba.

Riccio era un piamontés hábil y entendido en ardides de amor; dotado de una bella presencia y de un distinguido talento musical, fué á la corte de Escocia con el sólo propósito y la firme resolución de hacer fortuna al lado de aquella reina, linda, jóven y entusiasta, que pintaba, cantaba, tocaba el arpa y hacía versos, y era bella como una décima musa; todas las frases que María oía salir de los labios de Riccio, eran lisonjeras; todas sus acciones manifestaban la más viva pasión hacia ella; cantaba maravillosamente y tocaba el laud y el arpa; además de estas habilidades hablaba de todo con ligereza y gracia, si no con profundidad, y el barniz de su carácter era de una gracia y de una delicadeza infinitas.

Mas en el fondo, el músico italiano era un pobre ser, sin fortaleza de alma, sin nobleza é incapaz de pasión ni de generosidad; el logro de sus deseos, su intimidad con la reina y el haberle ésta elevado al importante cargo de primer ministro, siendo de una ineptitud completa, le ensoberbecieron de suerte que empezó á hacerse odioso á todos, tanto más, cuanto que los escoceses odiaban á los extranjeros y amaban á Darnley, por la sola razón de ser hijo del país; así fué, que los extravíos de aquel



príncipe se olvidaron, y la compasión y simpatía que la reina había inspirado se cambiaron en un violento enojo, al ver los amores que sostenía con el músico, y á los que se les daba toda la publicidad posible.

Lord Darnley, despues de la contestacion del criado, permaneció sombrío y meditabundo, midiendo á pasos desiguales la habitacion que le habían destinado, á la manera que un leon enjaulado mide rugiendo la estrechez de su prision; despues de dar algunos paseos, se detuvo ante el servidor y le dijo:

—Quiero ver á la reina sin que ella me vea.

—¡Imposible, señor! exclamó el criado; tiene dadas las órdenes más severas para que nadie se aproxime á sus habitaciones despues de las ocho de la noche.

—¿Y á quién recibe á esas horas?

—Sólo á algunas personas de su mayor intimidad y confianza; su número es siempre muy reducido.

—¿Y quién abre la puerta de palacio á esas gentes cuando se retiran?

—Lo ignoramos todos; pero sin duda es alguna persona de la confianza de S. M.

—Escucha, dijo Lord Darnley al criado: si haces que yo vea lo que pasa en la cámara de la reina, espéralo todo de mí; su enojo se aplacará, y al fin, soy su marido.

—¡Señor, me pedís un imposible!

—Tanto mayor será la recompensa.

—No puedo negarme absolutamente, puesto que sois mi señor, dijo con abatimiento el criado; pero espongo mi vida.

—No es tu vida la que corre más peligro, murmuró sordamente el conde; ¡vamos! guíame.

El criado salió, y volvió poco despues con una linterna sorda; atravesaron una larga galería muy oscura; al fin había una puerta que ocultaba un espeso tapiz; el criado lo recorrió con cuidado y dijo al príncipe:

—¡Mirad por ahí! ¡Mas, por Dios santo, señor, guardad silencio!

### XXIII.

La puerta por la cual miraba Darnley con una avidez mezclada de cólera tenía algunos agujeros, practicados por alguna persona que, como él, quería ver lo que pasaba en las habitaciones de la reina; la estancia que dejaban ver era pequeña, y estaba amueblada con toda la coquetería y brillantez del lujo frances, que María Estuardo había importado de Francia.

Los muebles eran dorados, con tapicería azul, lo que hacía resaltar la belleza de la reina, á la



sazon algo alterada por las molestias de un penoso embarazo.

Indignada con la conducta de su marido, no había querido participarle su estado, y el conde ignoraba que muy pronto iba á ser padre.

María vestía un traje de seda azul claro, como la tapicería de la estancia, y de encaje blanco; su cabeza, despojada de la toca, á la que ella misma dió nombre, estaba adornada sólo con los largos rizos de su admirable cabellera rubia; á su lado se hallaba sentado el hermoso Riccio, todo perfumado, vestido de terciopelo rosa con agujetas de diamantes, y en una graciosa postura, que á la vez denunciaba al hombre amado y al hombre amante.

Su cabellera, negra y sedosa, caía en largos y brillantes rizos hasta sus hombros; su cutis era tan blanco y satinado, que á primera vista se conocía la ayuda de los cosméticos franceses; lo mismo decían el rojo subido de sus labios, apenas cubiertos por un ligero bigote negro: dos ojos, negros también, muy grandes y muy hermosos, realzaban la belleza del italiano, y no podía negarse que ya con sus dotes propias, ya con las buscadas, era aquella belleza verdaderamente deslumbradora.

Las manos de Riccio eran tan bellas, tan delicadas, y casi tan pequeñas como las de la reina; su estatura era alta y las esquisitas calzas de seda blanca que llevaba dejaban admirar la perfeccion, algo artificial, pero maravillosa, de su pierna.

A primera vista se conocía que los negocios de Estado estaban entre las manos de aquel hermoso personaje tan abandonados, como si María hubiera confiado su direccion á un niño de dos años.

Enfrente de la reina y de Riccio había sentados algunos personajes de ambos sexos, y que entre todos no eran más que siete; hablaban de amor, reían y se divertían grandemente, mientras dos criados, con la librea real de Escocia, preparaban en el centro de la cámara una suntuosa mesa.

Pocos segundos hacía que Lord Darnley miraba, ciego de rabia, cuando Riccio tomó la mano de la reina y estampó en ella un beso.

María, lejos de mostrarse enojada, se rió mucho, y levantándose fué á la mesa y arregló por sí misma algunos detalles.

La alegría, el amor y la dicha brillaban en el fondo de sus azules ojos.

—¡Vámonos de aquí! dijo el conde, separándose violentamente de la puerta y lazándose en la galería.

El criado le siguió estupefacto, arrepentido ya de haberle conducido allí, y temblando interiormente del resultado que podía dar aquella violenta cólera.

El conde Darnley no escribió á su esposa ni trató de verla; pero desde aquel día pasaba las mañanas y las noches fuera de palacio, y además



recibía en él á varios personajes, cuyo odio á David Riccio era notorio y conocido de todos; contábanse entre estos personajes Lord Douglas, á quien se había despojado de su cargo de ministro para dárselo á Riccio, Lord Ruthben y otros muchos nobles, que, á trueque de exterminar al italiano, se habían unido al conde.

La reina fué avisada de lo que sucedía, pero lo tomó á broma y siguió con el músico en su vida familiar y, fuerza es confesarlo, sobremanera escandalosa.

Dos meses pasaron así; una noche, á las diez, María se hallaba cenando con el ministro y con las personas de su servidumbre admitidas en su intimidad: de repente la puerta secreta que daba á la galería, y por la cual había observado el conde, se abrió con estrépito, y el ofendido esposo se precipitó por ella, seguido de varios nobles, todos armados.

—¿Qué quereis? exclamó María, levantándose espantada.

—¡La vida de ese hombre! respondió Darnley señalando á Riccio.

Este, lleno de terror, quiso ampararse de la reina, y se abrazó á ella, implorando su protección.

—¡Amparadme! exclamó; ¡salvadme, señora, salvadme!

—¡Traidores! exclamó la reina, pálida de cólera. ¿Osareis cometer ese crimen abominable delante

de vuestra soberana? ¿Os atreveréis á inmolar en mi presencia á un hombre indefenso ó inocente?

Aun hablaba la reina, cuando la espada de Lord Douglas traspasó el pecho del infortunado músico; la sangre saltó en abundancia, y él, aunque exhalando gritos dolorosos, rehusaba desprenderse de la reina, á la que se había asido fuertemente.

María se halló materialmente cubierta de sangre, de la sangre del hombre que amaba; aquella vista, la agonía del desventurado Riccio, que luchaba con la muerte sin querer separarse de ella, el dolor, el espanto y la cólera, la privaron del uso de sus sentidos, y cayó desmayada sobre el pavimento, lleno de sangre.

No se lanza una manada de lobos hambrientos sobre el inocente cordero con más prisa que Darnley y los suyos sobre el infortunado favorito; sacáronle violentamente de la estancia y, apenas llegados á la galería, alumbrada fatídicamente por algunas teas que sostenían soldados, Darnley cayó sobre él y le cosió á puñaladas, siendo tantas las que entre todos le dieron, que segun dice un distinguido biógrafo, su número ascendió á 56.

La reina fué despojada de las sangrientas galas que la vestían y acostada enseguida; el delirio y las convulsiones la atacaron bien pronto; pero cuando volvió en sí, sus primeras palabras fueron esta pregunta, hecha con voz sorda:

—¿Le han muerto?



—¡Sí, señora! respondió consternada una de sus damas.

—De una manera horrible ¿verdad?

—De una manera muy dolorosa, señora.

—¡Está bien! repuso María; ¡no le lloraré, pero sabré vengar su muerte!

## XXIV.

La reina de Escocia no pudo por entonces cumplir esta promesa; los asesinos de David Riccio, temiendo el resentimiento de María, la dejaron arrestada en su palacio, y esta arbitraria medida aumentando su resentimiento, la hizo desear de nuevo el vengarse duramente de su marido.

Conociendo que, á lo ménos por entonces, tenía que doblegarse á la fuerza, escribió á aquel pidiéndole la libertad y ofreciendo seguirle adonde él dispusiera; y Darnley, que se había unido á los agentes de Inglaterra para arrojar del trono á María, cambió de opinion al leer su carta, y se dijo que le sería más ventajoso hacer las paces con su mujer, dueña legítima del poder supremo y además dueña de grandes riquezas materiales, cuando él se hallaba en una absoluta carencia de recursos.

Enrique escribió, pues, á su mujer, diciéndola que le daría la libertad si quería marcharse con él

á Dumbar, donde reuniría un cuerpo de ejército para marchar sobre Edimburgo y batir á los conjurados, pues su venganza estaba satisfecha y su honor lavado con la muerte del miserable favorito, que le había usurpado el corazón de su esposa.

Una amarga sonrisa pasó por los labios de María al contemplar la bajeza y ruindad de su marido; pero como no tenía otro medio de obtener su libertad que el reunirse con él, y estaba ya muy adelantada en su embarazo, accedió y le siguió á Dumbar, como él deseaba.

Enrique Darnley cumplió por esta vez su promesa: hizo un llamamiento á todos los fieles servidores de su mujer; reunió un cuerpo de ejército, y á la cabeza de él marchó sobre Edimburgo, haciendo huir á los conjurados á Inglaterra.

Si el conde de Darnley hubiera estado unido á otra mujer de alma bastante grande para perdonarle y olvidar sus primeros extravíos, quizá hubiera entrado para siempre en la senda del bien y del honor; pero María le consideró siempre como inferior suyo en todo, y le trató, pasado su amor á él, sin ninguna estimacion ni miramiento, y con una aversion profunda desde la muerte de Riccio.

Vuelta la reina á la capital y deshecha la conjuracion que se había seguido al asesinato del favorito, se abrió un proceso para juzgar á los asesinos. María supo persuadir á su marido para que negase su complicidad en él, y efectivamente la



negó, haciéndose así objeto del desprecio general, pues no podía ser más cobarde una negativa cuando todos le habían visto traspasar muchas veces con su espada el cuerpo del infeliz músico, y cuando era público y notorio que él había provocado y dirigido el complot.

—¿Qué habeis hecho?—exclamó cuando al volver del Parlamento vió á su mujer: ¿qué me habeis obligado á hacer?

—Os lo diré, respondió María: os he obligado á ser traidor y perjuro; os he hecho el objeto del público desprecio; ¡me he vengado de vos! y ahora que he conseguido mi objeto, os privo de todos los privilegios que teníais y os prohibo habitar otra residencia que el palacio de Edimburgo.

Dicho esto, le volvió la espalda, dejándole tan absorto que apenas podía dar crédito á sus oídos, despues de las muestras de interés que en aquella misma mañana había recibido de su mujer.

Antes de terminarse el día aparecieron dos decretos de la reina destituyendo á su marido de todos sus privilegios, y dándole por morada forzosa el palacio de Edimburgo.

Aquel modo de proceder pareció tan extraño como culpable. Darnley se había hecho despreciar de todos por su incalificable debilidad; pero cuando se vió lo que hizo la reina, fácilmente comprendieron todos que se había guiado por un espíritu de venganza, y que el príncipe consorte era sólo

culpable de debilidad y de haber caído en el lazo que le tendían.

Ocho días despues de estos sucesos, María se hallaba paseando en una galería de palacio, con algunos caballeros de su córte: no veía á su marido, y parecía haberse olvidado hasta de que existía en aquel mismo edificio.

Cerca de una ventana se hallaban dos jóvenes de la servidumbre de la reina conversando en voz baja.

—Ya veis cómo vuestras predicciones no se han realizado, querida Clara; decía la más jóven á la de más años, aunque ambas se hallaban en lo más florido de su edad; por ahora no hay nada.

—¿Nada? Sois muy inocente, Fanny; esta calma oculta algo que tardará poco en estallar.

—Pero ¿no puede estar la reina sin amores alguna vez? ¡Yo creo que lo que ella desea ahora es el reposo! ¿Pensais vos de otra manera?

—Sí, os lo confieso.

—¿Os parece que tiene alguna intriga?

—Estoy casi segura.

—Pero, ¿con quién?

—Lo ignoro; seguramente con quien más la pueda perjudicar; creo que coquetea con el marqués de Dambille.

—Miradle allí al otro lado de la galería; pero ¡calla! ¡No se halla con él el señor de Chastelard!

—Estará enfermo, dijo Clara; porque es muy



raro que no se halle con su inseparable amigo!

—Os confieso, dijo á su compañera Lady Fanny, que me había temido alguna grave disputa entre esos dos hombres.

—¿Por qué?

—Si hay alguna persona enamorada ciegamente de la reina, son ellos.

—Lo está más Dambille.

—No; lo está más Chastelard.

—Creo que os equivocais: pues como quiera que sea, su amistad ha resistido á la rivalidad del amor, cosa verdaderamente asombrosa.

—Hablando de otra cosa, dijo Lady Clara despues de algunos instantes de silencio; vos que habeis estado enferma, querida Fanny, debeis ignorar el donativo que la reina á enviado á su prima Isabel de Inglaterra, ¿no es verdad?

—Nada sé, en efecto.

—¿Recordais aquella magnífica sortija que poseía S. M., con un brillante colosal que tenía en forma de corazon?

—¿La que era regalo de su difunto esposo el rey de Francia?

—La misma; se la ha enviado á la reina de Inglaterra.

—¡Oh! ¡Qué lástima de alhaja! exclamó Fanny; ¡era única en el mundo!

—Teneis razon; valía una fortuna, y se la hubieran dado.

—¡Qué ligereza de sentimientos hay en la reina bajo su aparente sensibilidad! exclamó Fanny; ¡dice que adoraba á su esposo; se sabe que él la idolatrabá; y sin embargo, la alhaja más preciosa que él la había regalado la da ahora!

—¿Y á quién? ¡A su mayor enemiga!

—Perdonad, amiga mia; yo creo que S. M. la reina de Inglaterra no quiere mal á nuestra soberana; ¿olvidais que envió á felicitarla de su parte cuando llegó á Escocia, y que hace dos dias han llegado para ser padrinos en nombre suyo, del príncipe que nazca, el conde de Bedford y Lord Jorge Cary?

—No lo ignoro; pues sé que justamente, como muestra de gratitud á estas atenciones, le ha enviado nuestra soberana la más preciosa entre todas sus joyas; á pesar de todas estas muestras de cortesía, creedme, la reina de Inglaterra detesta á la de Escocia.

En aquel instante dieron las diez en el reloj de palacio. María detuvo su paseo; se apoyó un instante en la balaustrada de piedra que daba sobre los jardines y contempló la calma de la naturaleza en aquella bella noche de estío, que bañaba la luna con su dulce y misteriosa claridad.

María Estuardo, en medio de aquella córte que la adulaba, se sentía completamente sola; estaba dotada de uno de esos fatales y amorosos temperamentos que no pueden vivir dentro de sí mismos.



y que son víctimas de su propia debilidad: á los veintidos años es además muy triste vivir sin amor y verse engañada en todas sus ilusiones y esperanzas; doquiera había hallado el engaño y la ingratitude; y en aquella noche la atmósfera que la rodeaba influía poderosamente en el estado de su espíritu, y la hacía desear más el amor que otras veces.

Una profunda tristeza se hallaba pintada en su semblante; mas en ella todo era dulce, desde la melancolía hasta el dolor, y aquel suave y flexible temperamento no era agresivo más que para ella misma.

Durante algunos instantes permaneció silenciosa é inmóvil; todos los que había en derredor suyo respetaron su preocupacion, y se retiraron poco á poco á alguna distancia.

Todos se preguntaban qué era lo que tenía; todos lo ignoraban; y si lo hubieran sabido, todos la hubieran compadecido.

La reina salió al fin de su triste distraccion; separóse de la balaustrada, y dijo á los que la acompañaban:

—Señoras y señores: vamos á recogernos, que ya es hora, y mañana debemos partir temprano á la caza.

Todos la acompañaron hasta la salida de la galería; separándose allí, María se fué con sus damas, y los que no tenían cargo en palacio, salieron para ir cada uno á buscar su domicilio.

Dos damas acompañaron á la reina hasta su cámara, que ya estaba preparada y esperándola; encendieron la lámpara del dormitorio las doncellas, y despues empezaron á desnudar á María.

Mil veces más hermosa apareció la jóven reina de Escocia vestida con una bata de gasa blanca, que ataviada con todas las galas del lujo y de la pompa soberana.

Sueltas las rubias y larguísimas trenzas á la espalda, descubierta la garganta, desnudos los brazos y los pies metidos en unas chinelas de terciopelo azul bordado de plata, la reina de Escocia, que contaba apenas veintitres años, ofrecía la imágen de la belleza más seductora y más perfecta.

Entró en su alcoba y, arrodillándose en su reclinatorio, cruzó las manos y se puso á recitar con fervor las oraciones de la noche.

María Estuardo era católica ferviente, y ni aun por salvar su vida quiso abjurar su religion, ni aun descuidar en lo más leve sus prácticas religiosas.

En sus diarias preces rogaba á Dios por el alma de Francisco, y tambien por la del desventurado David Riccio, víctima del amor que ella le había profesado.

Terminada su plegaria, la reina se levantó y fué á meterse en el lecho; mas al levantar la rica colcha de seda, dejó escapar un agudo grito.

—¡Un hombre se ha escondido aquí! gritó, retrocediendo llena de espanto.



—¡Socorro! ¡La guardia, socorro! gritaron asustadas las dos damas.

—¡Señora, por piedad, no me perdais! exclamó el caballero, que se hallaba, en efecto, bajo el lecho real.

—¡El conde de Chastelard! exclamó María al conocer al culpable; y luego, haciendo un esfuerzo para reprimir la risa que le venía á los labios, le preguntó con fingida severidad:

—¿Qué haceis aquí?

El conde no respondió, pero la miró de una manera que era la contestacion más elocuente.

¡Hablad! prosiguió la reina; ¿por qué os habeis ocultado bajo mi lecho?

El conde siguió callando; pero harto bien leyó en los hermosos ojos de la reina que había adivinado ésta la causa de su desafuero.

—¡Salid de aquí! continuó María; y estad cierto de que no os entrego á un tribunal que os juzgue severamente, porque recuerdo que érais un buen servidor de mi primer esposo.

Dicho esto le volvió la espalda.

—A la verdad, dijeron las damas al salir, que es indecente esta clemencia; Chastelard será el sucesor del músico: ¿cómo no se le ocurre á S. M. que dejando impune su atrevimiento puede cometer el mismo desacato otra vez?

—Se le ocurre, afirmó la otra dama en tono doctoral; pero ¿qué quereis? el conde es hermoso, jóven,

amable... si fuera viejo y feo, hoy quedaria colgado de una horca.

## XXV.

Algunos dias despues de aquella escena, bastante escandalosa por cierto, María dió á luz un hijo, al que se le puso en la pila bautismal el nombre de Jacobo, que era el de su abuelo el buen rey Jacobo V, padre de María.

El nacimiento de aquel príncipe produjo efectos muy diversos.

La reina de Inglaterra sintió clavarse en su corazon, con más fuerza que nunca, el aguijon de la envidia y exclamó, en un raptó de furor:

—¡María es madre, y yo soy sólo la seca rama de un tronco estéril!

Alguna persona de su confianza le hizo observar respetuosamente que debía casarse y que tambien tendría los placeres de la maternidad; pero aquella extraña mujer respondió:

—¡Jamás! No tendré nunca otros amores que mi reino, ni más hijos que mis vasallos.

No obstante, considerando el despecho que le causó el nacimiento del príncipe de Escocia y la oposicion á contraer matrimonio que siempre manifestó, puede inferirse que la misma Isabel sabía